

Lilat al Wahda

Gonzalo Rojas

Cuando muere el muerto no es que muera entera
la glaciación
del nacido, queda el alambre
de la memoria, un alambre
tenso, irreal, de unos diez metros
de amor, los parientes
hacen la figura y cuelgan
de la tirantez del hilo toda esa leva
de fornicios y precipicios que es por último el
hombre
y su desnudez, sus éxtasis
diminutos en el cráter, ese olor
a Especie que olió abajo en los pelos
de las muchachas, así
no es que ése que está ahí se haya ido, ha
salido para entrar
generación tras generación a la bestialidad
insaciable del espíritu, ahí quedan
flameando en la filmación de los pantalones, los
calzones.

La muerte y el alambre: da risa
a lo que uno expone. Todo
por aparecer con letras grandes a 10,000
el centímetro para que se sepa. Los esquimales
se enfrían sin alarde, pesan
la primera noche con naturalidad, ¿quién anda
ahí,
vuelco de fortuna? Total
uno se enciende y se apaga.

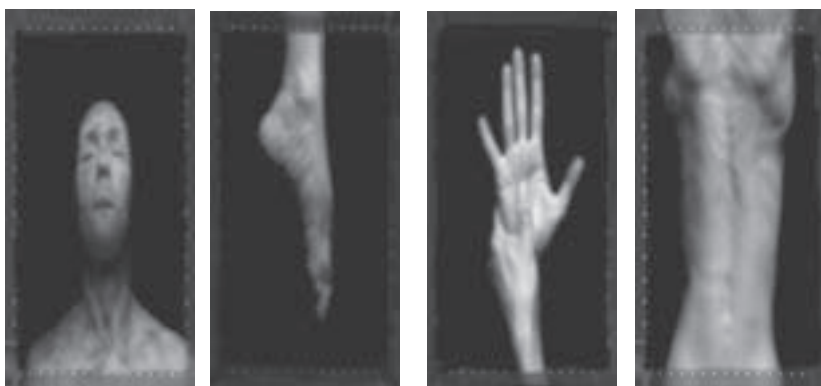
Y déle con pensar pensamiento. Cambio casa
habitada
por deshabitada, que el techo
sea alto y propicio
para la ventilación del pez
cuya agua es distinta
allá abajo.

El corrupto
serás tú, ¡hipocrite lecteur!, tu madre
será puta.

Los locos
somos hijos de Dios.

Premio de Poesía 2003, Príncipe de Asturias





Territorio A/ G/ E, 1996